

mismo el pensamiento puro, Mill trataba de formar la verdad por el enlace de ideas particulares acogidas del exterior.

Una originalidad de la teoría del conocimiento de Mill es la dependencia en la cual se encuentra por respecto á sus postulados psicológicos. Mill construye su lógica sobre la psicología de su padre. La asociación por contigüidad como forma fundamental de toda asociación de ideas y la asociación indisoluble como explicación de lo que nos parece incomprendible; tales son los medios con los cuales procede. La *psicología* es para él la ciencia principal, que existe en el fondo de todas las demás ciencias. Las leyes de la asociación son las leyes fundamentales de todo nuestro conocimiento. Mill mismo no ha dado exposición de la psicología; pero en su lógica ha tratado de su método, y en otros escritos (*Examination*, 1865, y en las notas al *Analysis*, de James Mill, 1869) ha discurrido de una manera interesante sobre diversas cuestiones de psicología. La psicología á la cual se adhirió, sobre todo hacia el fin de su vida, es la de Alejandro Bain, su discípulo y amigo, tal como está expuesta en sus dos obras capitales: *The Senses and the Intellect* (1856) y *The Emotions and the Will* (1859). En estas obras se abandona, con todo, la rigurosa psicología de la asociación tal como la enseñaba James Mill y se reconoce la relación de semejanza (bajo la influencia de William Hamilton) como el fundamento de toda asociación de ideas, aun de la asociación por contigüidad. Mill se adhiere á esta idea en sus observaciones al *Analysis*. La relación de semejanza debía ejercer ahora lógicamente, lo mismo que en la teoría del conocimiento, una influencia mayor de la que Mill le concedía en su lógica, donde, como hemos visto, fundaba todo razonamiento en la asociación por contigüidad. Sin duda alguna, reconocía ya en la *Lógica* (I, 3, 11, § 6) que la asociación de semejanza y de desemejanza es una relación particular, irreductible; pero no examinaba, por otra parte, el oficio que desempeñan estas relaciones en toda asociación de ideas y en todo acto de pensamiento.

Aun en sus obras posteriores, Mill persevera en la noción que se forma James Mill de la conciencia como una serie de estados, pero agrega: de estados reales ó *posibles*. Mas encuentra una dificultad, que aún no habla hecho cavilar á sus predecesores. El recuerdo y la expectativa hacen suponer que *yo mismo* y *no otro*, he tenido ó hubiera tenido en otro tiempo un estado de conciencia comparable á aquel del cual tengo yo ahora idea. Debe haber en la conciencia más que los términos que forman la serie. ¿Cómo una serie puede saber que es serie, que tiene términos pasados y que tendrá términos futuros? La presencia de un *vínculo* se manifiesta entre los diferentes términos de la conciencia, entre las diversas sensaciones é ideas; vínculo que es tan real como los diversos términos mismos, y que no es un simple producto del pensamiento. Si debemos dar un nombre á este elemento original de asociación en nuestra conciencia, debemos llamarlo nuestro yo. (*Examination*, cap. XII. Las declaraciones más características y más decisivas, no han sido agregadas hasta en las ediciones posteriores.) En las notas al *Analysis* (II, página 175), Mill se expresa en estos términos: «Hay cierto lazo entre todos los términos de la serie, que hace que yo diga: son sensaciones de una persona que en todo y siempre fué la misma persona; y este lazo me forma mi yo.» No podemos ir aún más lejos (agrega Mill) por medio del análisis psicológico. Desde ese momento se abandona definitivamente la psicología de la asociación. Como se ha dicho con exactitud, Mill abrió un escotillón en medio de su propia filosofía. Para Hume, el principio de unificación debía aparecer lógicamente como un enigma, porque Hume partía de las sensaciones y de las ideas particulares como la única realidad. (Véase el tomo I de esta obra.) Si Mill reconoce ahora que el lazo de asociación es tan real como los elementos particulares, corrige el concepto íntegro de la conciencia, del cual partían Hume y después de él, James Mill. Las leyes de la asociación no pueden ser ahora más que formas particulares del principio de unificación, y gracias á su análisis infatigable,

la escuela inglesa ha corregido así su propio postulado (1). Mill incurre en contradicciones al demostrar que la relación de semejanza y el vínculo son realidades, aunque erija su lógica sobre la asociación puramente exterior y fortuita. Consigue llegar de esta manera á resultados que sobrepujan á sus propios postulados primitivos y así atestigua la lealtad y el rigor de sus investigaciones.

Hay que mencionar también una aplicación especial de las leyes de la asociación, hecha por Mill. Trata de demostrar cómo se puede explicar por ellas la creencia en un mundo exterior. Lo que yo sé del mundo lo sé por mis sensaciones. ¿Existe, pues, realmente, un mundo en el sentido de que hay algo diferente de mis sensaciones? Lo que se da realmente, son las sensaciones que tengo en este momento. Pero, además, tengo en el recuerdo y en la expectativa ideas de

(1) En mi *Bosquejo de una psicología basada en la experiencia* (Traducción española de la *Biblioteca científico-filosófica*) he intentado hacer del «principio de unificación» el punto de vista director, y demostrar que, tanto las leyes de la asociación como de las sensaciones, se reducen ya á este principio de que habla partido Kant (bajo el nombre de síntesis) en la concepción de la conciencia. Por eso yo me he sorprendido al ver que se me clasificaba entre los partidarios de la escuela inglesa. Así Pablo Carus (*Primer of Philosophy*, p. 175; Chicago, 1893) me cita entre «los psicólogos que creen que la teoría de la asociación ofrece una clave para todos los problemas del alma.» Wundt (*Psicología fisiológica*, II, p. 182, 4.^a edición; Leipzig, 1893) me cita entre los filósofos que piensan «que todos los procesos psíquicos pueden derivarse de las asociaciones.» Ya en la *Introducción á la filosofía inglesa* (1874), he criticado la psicología de la asociación, esa concepción que hace de las sensaciones y de las representaciones en su independencia, el elemento real de la conciencia, y considera la asociación como un vínculo exterior, secundario para las sensaciones y representaciones mismas. Y á través de toda mi psicología circula una crítica de esta concepción, unida, sin duda, á la tentativa de conservar las verdades, cuyo descubrimiento ha llevado á cabo. Al mismo tiempo, creo que no se puede rectificar la psicología de la asociación más que indagando los postulados ocultos, y no estableciendo una facultad especial del pensamiento, ó una «apercepción» que suprime ó limita las asociaciones. Vid. mi disertación: *Del reconocimiento*, etc., p. 420-424; cap. XIV, página 191-205. (*Vierteljahrsschrift für wissenschaftlicher Philosophie*, XIII.)

sensaciones posibles, ideas que pueden formar grupos sólidos, coherentes por la repetición y la asociación. Y estos grupos se presentan siempre del mismo modo en nuestra representación, sean ó no dados como sensaciones. Obtenemos así la idea de algo que subsiste, percibámoslo ó no. ¿Qué es lo que se llama el objeto «exterior» sino la posibilidad, determinada por ciertas reglas, que tienen ciertas sensaciones de reaparecer de la misma manera que yo las he sentido ya? Mi creencia de que hay algo independiente de mi conciencia está fortificada cuando yo siento por experiencia que otros seres sensibles tienen una serie de sensaciones determinadas por reglas análogas á las que tengo yo mismo. Lo que entiendo por «materia» no es, pues, más que una posibilidad permanente de sensaciones. Las asociaciones de ideas que son sólidas y comunes á todos nosotros llevan á constituir el concepto de materia. Y como encontramos que el concepto de causalidad es válido en la serie de las sensaciones y de las ideas, lo aplicamos involuntariamente también á toda la serie, á toda la suma de nuestras sensaciones y nuestras ideas y consideramos la materia como su causa. La creencia práctica, la irresistible inclinación á admitir un mundo exterior, no son pruebas para Mill. En virtud del principio de la asociación, no piensa que semejante opinión sea necesaria. No se necesita admitir que exista otra cosa que la conciencia, con esta reserva de que, además de la conciencia realmente dada, hay que admitir igualmente la *posibilidad* de nuevos estados de conciencia. Es evidente que en esta «posibilidad» se oculta la cosa en sí. Cuando Mill dice (*Examination*, 2.^a edición, pág. 189): «El *no-yo* podría ser solamente una forma en la cual la conciencia se representa á sí misma las modificaciones posibles del *yo*»; hay que preguntarse si el *yo* puede por sí mismo realizar estas posibilidades, de suerte que él mismo comprendiese los cambios de su estado. Si se responde por la afirmativa, el *yo* se revela como si sacase de la nada su mundo interior; si se responde por la negativa, es menester, ó bien negar el principio de causalidad, ó bien admitir una

realidad fuera del yo. Mill no insiste más en esta fase de la cuestión y señala muy ligeramente y de una manera general el encadenamiento que enlaza el problema de la realidad de un mundo exterior con el problema de la causalidad.

c) — *Los principios de la ética.*

En ninguna parte la posición original que ocupa Stuart Mill en la historia del pensamiento se revela más distintamente que en su ética. Educado en el espíritu del siglo XVIII, trata de asimilarse de buena voluntad las concepciones de la época nueva; pero como toma sus postulados de la antigua escuela, mientras que el fin que quiere conseguir y los puntos de vista que reconoce son debidos á la influencia de motivos nuevos, se forma en puntos decisivos de la marcha de su pensamiento un dualismo que no nota siempre él mismo. En el dominio ético, este dualismo consiste en que se adhiere constantemente al principio de utilidad que había aprendido en la escuela de Bentham, pero que quiere completar y ponerlo en armonía con la filosofía de la personalidad, cuya ética es de orden más subjetivo. Vela que este problema es el más importante para el porvenir de la ética, aunque no hubiese conseguido dar una solución teórica. La crisis intelectual que atravesó en cierto momento de su evolución, provenía precisamente de este problema. Su biografía manifiesta que en la práctica, en el arte de vivir, en su grande y considerable actividad, alaba en raro grado las consideraciones hacia el desenvolvimiento interior de la vida personal con los cuidados de los efectos exteriores de las acciones particulares. Pero no pudo dar la teoría de este arte.

La razón por la cual no lo consiguió debe buscarse ciertamente en su gran afecto hacia Bentham y hacia su padre. En su tiempo, durante el periodo de viva agitación subjetiva que había seguido á la crisis, se había declarado enérgicamente contra el utilitarismo de Bentham, al cual acusaba de colocarse en un punto de vista de cálculo puramente exterior. Ahora creía haber salido de la reacción contra la idea

en la cual había sido iniciado durante su primera juventud, y se presenta como defensor de esta idea, sin saber con exactitud hasta qué punto había modificado él mismo la teoría de la cual aspiraba á ser abogado defensor. No protestó bastante contra el utilitarismo anterior, y en algunos puntos su teoría está determinada por éste más de lo que debiera estarlo lógicamente; por eso su obra *Utilitarianism* ha llegado á ser una de las menos claras.

Mill está convencido constantemente de que obtenemos una medida clara y natural de apreciación moral á condición de atenernos á los efectos de las acciones. Si preguntamos por qué una acción es buena, la decisión dependerá siempre, al fin y al cabo, del hecho de saber si produce un sentimiento de placer en un punto cualquiera y en un grado cualquiera. Ahora bien: la naturaleza humana está de tal modo conformada que solo desea lo que es toda la felicidad, una parte de la felicidad ó un medio de felicidad. Cada acción es juzgada y debe ser juzgada según la medida en la cual lleva á lo que es así siempre el último objeto del deseo humano. En eso consiste la aplicación del principio de utilidad.

A la cuestión de saber la felicidad de quien debe dar la medida de apreciación, Stuart Mill responde: «no la propia felicidad máxima del que obra, sino la mayor suma total de felicidad.» Y no fundamenta esta opinión como Bentham en la *Deontología*, señalando la armonía de los intereses egoístas bien entendidos, sino dando una explicación psicológica de la formación del sentimiento moral. El sentimiento moral hace que podamos aspirar á producir la felicidad, aun cuando esta felicidad no sea nuestra.

Stuart Mill no cree que el sentimiento moral sea innato; lo considera como un producto en extremo complejo. Los elementos más importantes son la simpatía, el temor, ciertos sentimientos religiosos de diversas clases, algunas experiencias sobre los efectos de las acciones, la estima de sí mismo, el deseo de ser estimado por otro. Hay que buscar en este carácter en extremo complejo la causa del carácter místico

que reviste la idea de la obligación moral. Debe una gran cantidad de sentimientos extirparse, antes de que se pueda hacer algo que repugna á lo que se tiene por bien. La asociación de estos diversos elementos es además tan íntima que el sentimiento permanece insolublemente uno. Y como las leyes de la asociación son leyes de la naturaleza, el sentimiento moral es un sentimiento natural, aunque tenga una génesis.

Es natural al hombre hablar, hacer razonamientos, cultivar los campos y construir ciudades; y sin embargo, estas artes no son innatas; son adquiridas. Si hubiera un elemento particular del sentimiento moral que fuese innato, sería la simpatía. Pero hay que insistir sobre esto: que la vida social habitúa á todos los hombres á trabajar uniendo sus fuerzas, á tenerse siempre en cuenta recíprocamente unos á otros. Se forma una especie de instinto que lleva á los individuos á la solidaridad en el sentimiento y en la acción. Y cuanto más se desarrolla la vida social por el hecho de que desaparecen las barreras que separan las diferentes clases, más crece la solidaridad. El sentimiento de la unidad puede llegar á ser una religión cuando está continuamente favorecido por la educación y por la organización de las instituciones y favorecido por la opinión pública. Por medio de la vida social se produce una educación del egoísmo, hasta el punto de que la abnegación hacia otro, que no era al principio más que un medio, se convierte en un fin. Mientras Bentham (en todo caso, en la práctica) partía del interés personal como motivo universal, Stuart Mill estaba convencido de la realidad de los sentimientos desinteresados. Así nota en su interesante artículo sobre Platón, á propósito de la doctrina contenida en el diálogo del *Gorgias*, que vale más sufrir el mal que hacerlo. El progreso señalado por el *Gorgias* es, dice, uno de los mayores que se han hecho en la cultura moral; quiero decir, el desenvolvimiento desinteresado del deber por sí mismo, de suerte que esta elección caracteriza un estado superior á aquel en que las inclinaciones egoístas se sacrifican á

un interés egoísta más remoto. (*Dissertations and Discussions*, III, pág. 340.)

Stuart Mill profesa, pues, una doctrina de la evolución individual, lo mismo que Spinoza, Hartley y James Mill. El principio de la asociación indisoluble le sirve (como á sus predecesores) para establecer y explicar el fundamento interno de la ética, mientras que el principio de utilidad le sirve para fundamentar el juicio enunciado sobre las acciones particulares. No puede, sin embargo, parangonarse con Spinoza y James Mill por la claridad y la sencillez de la exposición. Se advierte cierta vacilación en él, con referencia á lo que es primitivo y á lo que es adquirido, y al mismo tiempo se enreda en una dificultad desconocida á sus predecesores admitiendo diferencias de cualidad entre los sentimientos. Un sentimiento de placer puede no solamente ser más fuerte, más durable, menos mezclado de disgusto, más fértil en efectos felices, común á mayor número que otro sentimiento de placer; puede ser también de especie superior en cualidad, lo cual se manifiesta en que el que lo ha sentido lo busca de nuevo, aun cuando sea menester sufrir un gran dolor para conseguirlo, y en que lo prefiere á la cantidad, por grande que sea, de otro sentimiento de placer. La cuestión es saber si la diversidad cualitativa establecida por Mill no se explica precisamente por el hecho de que ciertos sentimientos de placer son sancionados y favorecidos por el sentimiento moral cuyo origen ha tratado de explicar el mismo Stuart Mill. En todo caso, la cuestión de saber si hay diversidades cualitativas del sentimiento está demasiado complicada para ser resuelta con la simple prueba alegada por Mill.

Al acentuar enérgicamente el fundamento subjetivo y al admitir una diversidad cualitativa de los sentimientos, Stuart Mill se desvía mucho del punto de vista de Bentham, aunque siga siendo uno de sus vehementes partidarios cuando distingue entre el valor de la acción y el valor de la personalidad operante y declara que la ética no tiene relación alguna con el primero. Esta distinción se hace precisamente

desde el punto de vista utilitario. Cada motivo contiene, en efecto, la posibilidad de un número mucho mayor de acciones que la acción particular juzgada en un momento dado; la apreciación debe extenderse igualmente hasta este motivo. Aun cuando la acción particular no produzca efectos contrarios al principio de la felicidad, pueden, sin embargo, desprenderse de este motivo acciones que deben ser rechazadas, y en todo caso el motivo mismo se hace por esta razón sospechoso desde el punto de vista ético. Es lógico que la apreciación se remonte á su manantial. La distinción precitada desempeña igualmente un gran papel, como se verá después, en el *Essay on Liberty*.

d)—*Ética social.*

Entre toda la serie de cuestiones relativas á la ética y á la economía política que Mill ha tratado en sus diferentes escritos y en sus artículos, nos limitaremos á señalar algunas para ilustrar su punto de vista ético.

a) *El individuo y la sociedad.* (ON LIBERTY, 1859.)—Mill luchó por la liberación y el progreso del individuo. Pero comprendió que la libertad política no produce libertad ó independencia real, espiritual. En lugar de la coacción física, que se ha abolido poco á poco, se introduce fácilmente la opinión pública, la policía moral. Y esta tiranía es más peligrosa que la tiranía política, porque deja menos salidas libres, se introduce en la vida de todos los días y esclaviza hasta el alma. Se sigue la corriente, aun cuando se trate de saber qué diversiones deben permitirse, en lugar de obedecer á su impulso y á su capricho. En Inglaterra especialmente, dice Mill, el yugo de la opinión pública es pesado, mientras que el yugo de la ley es más ligero que en otros países. Un gran peligro amenaza aquí: es el dominio de la masa, de la mediocridad colectiva. La masa debe ser siempre dirigida, sin duda, por algunos individuos; pero lo malo es que toma con preferencia sus opiniones de hombres que no le son muy superiores. Y, sin embargo, el impulso hacia todo lo que es noble é inteli-

gente, proviene siempre de algunos individuos eminentes. ¡Los pocos hombres originales son la sal de la tierra! Mill no quiere, á pesar de todo, un culto de los grandes hombres. Todo lo que éstos pueden exigir es la libertad completa de expresar las ideas nuevas. El poder de ejercer coacción sobre otro, perdería primero á los mismos grandes. El medio de sustraerse á este peligro que encierra la tiranía de la opinión pública y el rebajamiento del nivel producido por el dominio de la masa, es la *libertad*, la única fuente de progreso durable y que no se agota jamás, porque crea tantos centros independientes de reformas como personalidades hay.

Como principio general destinado á regular la ingerencia extraña en los asuntos del individuo, Stuart Mill establece esta idea: que el individuo no debe ser restringido en su libertad de acción más que cuando es necesaria una ingerencia para impedir que su conducta cause daño á otro. El cuidado del bien del individuo mismo no es una razón que justifique esta ingerencia. La única parte de su conducta de la cual el individuo tiene que dar cuenta á la sociedad, es la que atañe á los demás hombres. Por ingerencia, Mill entiende, ya la coacción física, ya la coacción espiritual contenida en los juicios de otro. A este último respecto, distingue entre la «desaprobación ó condenación moral» y la «expresión del disgusto ó la negación de la estima». Hay, sin embargo, una diferencia muy delicada, toda vez que yo causo dolor á un individuo negándole mi estimación, en el supuesto de que conceda valor á mi estimación, y, si no lo hace, mi «desaprobación» no le causaría probablemente dolor. Esa es una distinción tan espinosa como la distinción entre acciones que no producen efectos más que para nosotros mismos, y las que al mismo tiempo los producen para otro. Quien no desarrolla su personalidad, ó revela su falta de inteligencia ó de dignidad personal, puede privar con eso á otros de una fuerza á la cual aspiran legítimamente. Precisamente cuando se afirma con Mill que se trata de formar el mayor número posible de centros de acción independientes, es imposible deli-

milar un terreno que no tendría importancia más allá de los límites del individuo. Esta distinción, en lo que atañe al individuo y en lo que concierne á otro, no es sostenible, como tampoco lo es la distinción mencionada más arriba entre el valor de la persona que obra y el valor de la acción. Y en los dos pasajes, Mill creía precisamente, en virtud del principio de utilidad, haber llegado á una concepción más exacta.

Mill hace resaltar la importancia de la mayor libertad posible, tanto por respecto á las opiniones como á las acciones. Si una idea es verdadera, ¿qué mal hay en discutirla libremente? Si no constituye más que una parte de la verdad, sólo la libre discusión permite decidir qué parte de verdad contiene. Y por el sólo hecho de que la discusión la hace subsistir, adquiere influencia sobre los caracteres y las acciones. Por último, aún hay más: una idea pudiera ser útil, sin ser verdadera; y entonces la utilidad debiera ser tan discutida como la verdad; en nuestros días (piensa Mill) la utilidad de las ideas desempeña acaso un oficio más importante que su verdad. En lo que se refiere á las acciones, naturalmente no pueden disfrutarse de una libertad tan amplia como las opiniones. Mill sostiene, sin embargo, que el valor de las diferentes maneras de vivir debe ser acrisolado en la experiencia, lo cual no es posible si no se deja á las diversidades del carácter un campo muy vasto, sin causar detrimento á otro. Es una condición de la propia felicidad del individuo, así como del progreso individual y social, que su manera de obrar esté determinada por su propio carácter, y no por la tradición y por el uso. Los fuertes impulsos y los fuertes deseos son un bien; es el tejido de que se forman los héroes, y los hombres obran mal, no porque sus deseos son vigorosos, sino porque su conciencia es débil.

Aun cuando el límite entre el individuo y la sociedad no sea tan fácil de trazar como él cree, Mill ha demostrado, sin embargo, por su examen (que renueva, por lo demás, las ideas fundamentales de la «teoría del derecho» de Kant), que

el deber de probar se impone siempre al que exige una restricción de la libertad, y ha establecido además que todo juicio moral implica una responsabilidad.

9) *La cuestión femenina.* (SUBJECTION OF WOMEN, 1869.)—La cuestión del derecho de la mujer no es para Mill más que un aspecto particular de la gran cuestión de la liberación. Aquí se trata también esencialmente de combatir contra el abuso de la fuerza, de desterrar las causas que impiden la libre expansión de la personalidad, de abolir el derecho del más fuerte y de suprimir toda autoridad exterior, allí donde ésta no es necesaria para la protección y la educación. Además, el examen de esta cuestión le dió ocasión de aplicar su teoría favorita de la asociación indisoluble para explicar las ideas que impiden el progreso. Las opiniones que nos formamos de la índole de la mujer provienen solamente de la costumbre y de la tradición, y no de la experiencia real. Lo que llamamos «lo natural de las mujeres» no es más que un producto artificial. Derribando las barreras que hasta ahora han prohibido á las mujeres el desarrollo y el empleo de sus facultades, es como se puede conocer el verdadero natural de las mujeres. Es el mismo razonamiento que en la obra sobre la libertad: la coacción debe desaparecer, á fin de adquirir la experiencia. Aquí tenemos una aplicación práctica del método de diferencia. Pero Mill cree conocer de antemano el resultado: sostiene que las facultades espirituales de las mujeres son tan amplias como las de los hombres; opinión que naturalmente no es necesaria para establecer la igualdad de los derechos.

7) *La cuestión del gobierno representativo.* (CONSIDERATIONS ON REPRESENTATIVE GOVERNMENT, 1861.)—Al discutir esta cuestión, Mill aún continúa desenvolviendo su idea principal: ¿cómo puede protegerse la libertad, no sólo contra el despotismo de los individuos y de clases enteras, sino contra el despotismo de la mayoría? Analiza los peligros y las ventajas de la democracia. A decir verdad, ahora no hay más que dos constituciones que luchen por la supremacía: la demo-

cracia y la burocracia. La única solución posible es que la democracia tome á la burocracia á su servicio, reservándose solamente la alta vigilancia y la indagación. El parlamento no debiera representar más que la decisión de la voluntad en el Estado; no es propio para elaborar leyes; valdría más para eso constituir comités de personas expertas. Para poner á salvo el derecho de la minoría en las decisiones, Mill recomienda entre otras cosas la representación proporcional. Aunque veía muy claramente los inconvenientes de la democracia (como lo demuestra ya el *Essay on liberty*), comprende, sin embargo, cuán cortos de vista son los que suspiran por un despotismo para llevar á cabo sus proyectos de reformas; olvidan que precisamente la cultura del pueblo es la condición más importante de los progresos durables, y no ven que un buen despotismo en un país algo civilizado es aún más perjudicial que un despotismo malo, porque debilita mucho más el espíritu y la fuerza del pueblo.

3) *La cuestión social*. (PRINCIPLES OF POLITICAL ECONOMY, 1848.)—Mill vió cada vez con más evidencia en el curso de su evolución que la cuestión social tiene supremacía sobre la cuestión política. No renunció jamás á sus opiniones democráticas; pero llegó á advertir los inconvenientes de la democracia, y por otra parte, llegó también á concebir un ideal para el porvenir, que superaba con mucho al programa democrático. En todo caso, sin grandes cambios sociales, la libertad individual y política no podría aprovechar á todos verdaderamente.

Ya en una carta de 1842 (á Roberto Barclay Fox, reproducida en las *Notas cotidianas de Carolina Fox*, II, pág. 272), Mill declara acerca de la importancia de la cuestión social: «Creo que después de las modificaciones que se han llevado á cabo en la constitución por la emancipación de los católicos y por la reforma del Parlamento, una gran parte de la clase dominante, especialmente los jóvenes, han visto sus ojos poco á poco despeñarse, y tengo la convicción de que el progreso del cartismo engendra el sentimiento de que los go-

biernos deben esforzarse, tanto por deber como por prudencia, en velar por los intereses temporales y espirituales de los indigentes, en mayor grado de lo que se ha acostumbrado á hacer mucho tiempo ha». Agrega, no obstante: «Por lo que se refiere á los remedios para curar ó al menos aliviar los grandes males sociales, estamos tan lejos del puerto como antes.» Mill no llegó tampoco posteriormente á una solución decisiva. Confiesa francamente que hay dos ideas fundamentales que se ha visto obligado á sostener, aunque se contradigan (al menos en apariencia) en sus consecuencias. Son las ideas del individualismo y del socialismo, de las cuales Mill declara que son diametralmente opuestas. El mismo declara que ignora cómo conciliarlas; se remite al porvenir. Tenía la convicción de que no las conocemos aún ni una ni otra bajo su mejor forma; no sabemos lo que la libre espontaneidad puede realizar en su grado y bajo su forma suprema, ni qué posibilidades tiene para ella una organización social sistemática de las condiciones exteriores de existencia. En ningún otro lugar se revelan tan claramente como aquí las grandes cualidades de pensador de Stuart Mill. Poniendo una gran esperanza en el porvenir y apoyándose acaso precisamente en esta esperanza, adopta una actitud crítica para discutir las diferentes posibilidades ofrecidas por la experiencia. Lo que es solamente tradicional y acostumbrado no le impone; examina tranquilamente en qué condiciones existen estas costumbres, é indaga si estas condiciones no pueden reemplazarse por otras.

En su examen de los sistemas socialistas, se colocaba en un punto de vista mucho más imparcial de lo que estaban habituados á hacer los economistas de aquella época. Era una consecuencia del espíritu de su filosofía. Era incapaz de ver, como los adversarios comunes del socialismo, en el derecho de herencia y en el derecho de la propiedad privada, dogmas que no necesitaban ser razonados. La manera de repartir el trabajo depende de la organización efectiva de la sociedad, de la costumbre y de la voluntad de los hom-

bres, de manera que hay un gran obstáculo por parte de los economistas cuando consideran el modo de repartición actual fundado en una necesidad eterna de la naturaleza. En lo que atañe especialmente á la propiedad privada, no debe su introducción á ninguna de las razones por las cuales se adhiere ahora á ella. En un principio la sociedad por amor á la paz ha asegurado al individuo la posesión de lo que había puesto en su poder. En cuanto á saber si esta disposición deberá conservarse en lo porvenir, ó si habrá que reemplazarla con una disposición análoga á la que proyectan los sistemas socialistas, la cuestión está actualmente pendiente, y es una cuestión que da materia de discusión para todas las clases de los países civilizados. Mill ve precisamente la originalidad de nuestra época en que todos los principios son debatidos, y en que los que sufren más con las instituciones actuales, toman parte en la discusión de su valor y de su legitimidad. Es la primera vez que ocurre en la historia semejante fenómeno. ¿Cuál será el resultado? Mill responde (*Principles of Political Economy*, II, 1, 3): «Si yo osase arriesgar una conjetura, la decisión dependerá probablemente sobre todo de esta simple consideración, á saber: cuál de los dos sistemas puede conciliarse con el *máximum* de libertad y de espontaneidad humanas una vez asegurados los medios de existencia; el deseo de libertad es la más fuerte de todas las necesidades personales de los hombres, y en lugar de perder de su fuerza, se agranda á medida que las facultades intelectuales y morales se desarrollan. Una educación que prescribiese á los hombres, ó instituciones sociales que les recomendasen, renunciar á la autoridad sobre sus propias acciones, para adquirir el bienestar y la abundancia en cualquier grado que sea, ó renunciar á la libertad por la igualdad, les privarían de una de las cualidades más sublimes de la naturaleza humana.» Mill sostiene por lo demás, que se exagera muchas veces esta acusación hecha al socialismo, y declara que la coacción que produciría este sistema merecería el nombre de libertad al lado de la tiranía bajo la cual

padecer ahora la numerosa clase de los trabajadores. Pero no encuentra razón para abandonar el sistema de la propiedad privada, con tal de que las leyes quieran hacer tanto por oponerse á sus inconvenientes como hacen ahora por aumentarlos. La organización actual favorece el amor de sí mismo mucho más de lo que es necesario en sí, aun cuando se conserve el sistema de la propiedad privada. Los socialistas han hecho mal en atribuir á la competencia la culpa de todos los males sociales. Ovidan que allí donde no hay competencia se forman monopolios, lo cual es la imposición del laborioso en provecho del perezoso. La competencia entre los obreros mismos rebaja, sin duda, los salarios; pero cualquier otra competencia, redundada en bien de los obreros, supuesto que hace más baratos los medios de existencia. No es la competencia, sino la sujeción del trabajo al capital, que es la causa de los males. (IV, 7, 7.)

Según Mill, se trata esencialmente de elevar, por una intervención enérgica del Estado, el nivel de la clase obrera, así como las aspiraciones que exige de la vida y de sí mismo. Se trata de llegar por un camino pacífico á progresos análogos á los que la clase obrera francesa ha logrado por medio de la Revolución francesa. Por una instrucción más perfeccionada, por un reparto de la tierra y por una emigración llevada á cabo en gran escala, la clase obrera podrá alcanzar una posición social de este género y tener necesidades materiales y morales, tales que no rebajen el nivel y no hagan descender los salarios; considerará como cosa necesaria el dominio de sí mismo y evitará un aumento irreflexivo de la población, aun cuando este efecto no debía hacerse sentir más que en una generación posterior que ha crecido en un ambiente más favorable (II, 11, 2). Pero Mill esperaba mucho, igualmente, de las libres asociaciones (los sindicatos y, especialmente, las sociedades cooperativas) y seguía con gran interés su desenvolvimiento en Francia y en Inglaterra. Su principal importancia consistía para él en que estas sociedades favorecen las virtudes de la independencia, la justicia y

el dominio de sí mismo. Al mismo tiempo, en estas pequeñas agrupaciones, podían realizarse, en el sentido del socialismo, experiencias que podían ser importantes para el examen ulterior de la cuestión social.

e)—*El problema religioso.*

En las obras publicadas por él antes de su muerte, Mill no se detiene más que incidentalmente en las cuestiones religiosas, y más detalladamente en la obra sobre la filosofía de Hamilton. Discute aquí dos maneras de ver. Una (combatida por Hamilton, desde su punto de vista peculiar) era la que Schelling y Hegel habían esbozado: que, por medio del pensamiento puro, se puede establecer un concepto científico de Dios, el concepto de un Sér absoluto é infinito, que es el autor y el fin de todas las cosas. Mill sostiene que debemos, igualmente, partir de la experiencia aun en las cuestiones religiosas, y que es la observación de la naturaleza la que nos lleva á crear en un Dios. Parece ser de opinión que es igualmente posible fundamentar semejante doctrina, y, conforme á eso, declara (en su obra sobre Comte y el positivismo) que, aun cuando se admita la ley de los tres estados bajo la forma que la da Comte, aún quedarían *cuestiones pendientes* en el estado positivo, y que se puede muy bien permanecer adherido á opiniones religiosas, con tal de que sean formuladas de tal manera, que no contradigan lo que se aprende empíricamente. La otra manera de ver, discutida por Mill, es la que profesaban Hamilton y, especialmente, Mansel, á saber, que, aun cuando el análisis científico del concepto de divinidad concebida como el Sér absoluto é infinito, omnipotente é infinitamente bueno, hiciera llegar á contradicciones y á consecuencias, contradiciendo lo que la ciencia humana debe sostener, debiéramos, de todos modos, creer en un sér tal, supuesto que ni nuestra lógica ni nuestra ética pueden aplicarse á la divinidad. Mill se expresa con gran indignación contra esta doctrina. «Cuando, dice (*Examination*, 2.^a edición, p. 103), en lugar de la buena nueva

de que hay un sér en el cual existen, en un grado incomprendible para nosotros, todas las cualidades que puede comprender el pensamiento humano más elevado, se me proclama que el mundo está gobernado por un Sér cuyas cualidades son infinitas, sin que sepamos cuáles son estas cualidades, como tampoco podemos comprender qué principios observa este Sér en su acción, salvo éste: que la moralidad humana más elevada que podamos representarnos no los sanciona; convénzase de eso y sufrirá mi suerte lo mejor que pueda. Pero cuando se me cuenta que debo creer eso y al mismo tiempo dar á ese Sér nombres que expresen la moralidad humana más elevada, digo, en términos francos y claros, que no quiero. Cualquiera que sea el poder que un sér tal pueda tener sobre mí, hay una cosa que no puede hacer: no podrá forzarme á adorarle. No llamaré bueno á ningún sér que no lo sea, en el sentido en que lo entiendo cuando aplico este término á mis semejantes; y si un sér tal puede condenarme á ir al infierno, pues bien, yo iré al infierno.»

Por esta declaración, que excitó gran curiosidad, causó escándalo, y fué explotada contra Mill por sus adversarios políticos, se puede apreciar lo que constituía para Mill el fondo del problema religioso, es decir, la imposibilidad de reconocer una medida de apreciación moral superior á la medida humana. Ya Bentham en la *Deontología* (parte I, cap. VII) se había negado categóricamente á llamar amor una cualidad propia de Dios, que sería en el hombre lo contrario del amor: eso sería tomar una puñalada por un beso. Y como Stuart Mill refiere en su autobiografía la imposibilidad de conciliar el mal del universo con la creencia en un creador omnipotente é infinitamente bueno, fué lo que determinó á James Mill á rechazar todas las opiniones religiosas é hizo nacer en él cierta simpatía por la creencia maniquea en un principio bueno y en un principio malo, continuamente en lucha para apoderarse del gobierno del mundo. Stuart Mill personalmente no se expresa en ninguna parte de su manera categórica en las obras que se publicaron antes de su

muerte. Seguramente no fué por miedo á los hombres por lo que omitió expresar ideas. Lo que dijo bastaba para revelar en él un hombre cuya concepción se aparta en extremo de las ideas religiosas corrientes. Se explotaron sus frases como medios de agitación contra él, y un órgano eclesiástico declaró á su fallecimiento: «Su muerte no es una pérdida para nadie, porque era un gran incrédulo, y á pesar de toda su alabidad, un personaje muy peligroso. Si *las lumbreras del pensamiento* que tienen las mismas opiniones que él se van muy enhorabuena allí mismo donde él se ha ido, será mejor tanto para la Iglesia como para el Estado.» Qué opiniones profesaba Stuart Mill es lo que no hubiera podido decir el órgano eclesiástico, que no tenía seguramente duda alguna acerca del destino que esperaba á Mill después de su muerte. Hay que buscar la explicación en el hecho de que no consideraba él mismo sus ideas sobre el problema religioso completamente desarrolladas; para él la cuestión estaba, en realidad, aún pendiente, y no quería declarar sus opiniones ante el público á este respecto sin haber satisfecho antes sus propias exigencias de claridad y de profundidad. Sus mismos amigos no sabían sobre su punto de vista religioso nada más que lo que se ha expuesto anteriormente, hasta el día en que se publicaron sus *Essays on Religion*, algún tiempo después de su muerte. De los tres artículos contenidos en esta obra, los dos primeros (sobre la utilidad de la religión y sobre el teísmo) habían quedado sin acabar; sólo consideraba el tercero (sobre la naturaleza) como digno de ser publicado. Una razón que le indujo acaso á mantenerse en la reserva, es que no quería mezclar muchos problemas, y que los examinaba aparte. No sentía la necesidad de hacer lanzar sus proyectiles en todas las direcciones á la vez. El secreto de la gran influencia que ejerció sobre su época, á pesar de su punto de vista radical, residía en parte en que no se fijaba cada vez más que en un sólo punto. Como él mismo declaraba á un amigo: «No perdono ningún prejuicio; pero no ataco cada vez más que uno solo.»

La idea fundamental de su artículo intitulado *Nature* es que no se puede proponer por modelo al hombre la naturaleza que no es, sin intervención humana, como también que no se puede deducir de ella un creador infinitamente sabio, omnipotente é infinitamente bueno. La naturaleza puede imponernos por su poder y por sus proporciones enormes; pero su manera de obrar lleva el sello del terrorismo y de la injusticia; da á los que poseen y no tiene compasión de los que no poseen. La única posibilidad de conciliar la creencia en un Dios con la experiencia del mundo real, consiste en admitir que la divinidad es buena, pero no omnipotente. La omnipotencia debe ser sacrificada á la bondad. Es lo que se desarrolla más ampliamente en el artículo *Teísmo*. El autor de la organización del universo ha sido forzado á conformarse á condiciones que eran independientes de su voluntad. La materia y la fuerza del universo no son creadas; sus propiedades y sus leyes son independientes de la voluntad y del arreglo del mundo. ¡No es, pues, sorprendente que haya tantas imperfecciones! Todo lo que trata de contener la tendencia que se observa en la naturaleza á realizar obra útil, debe entrar en la cuenta de los obstáculos materiales con los cuales tiene que luchar la divinidad. La disposición que caracterizará la religión del porvenir es el sentimiento entusiasta de ser un colaborador de la divinidad, sentimiento que no puede conciliarse sin contradicción interna con la creencia en un Dios omnipotente. Lo que es la voluntad de la divinidad, no se puede describir sino considerando en la naturaleza todo lo que aspira á la prosperidad general y al desenvolvimiento superior de la vida. La menor contribución puede tener su importancia en esta lucha entre las fuerzas buenas y las fuerzas malas del mundo. Contribuir en algo, por poco que sea, al triunfo del bien, es un pensamiento más vivificante y más fortificante que todos los que pueden animar á un hombre. ¡Este pensamiento será uno de los grandes pensamientos de la religión del porvenir! Ya en una carta de 1841 (á Roberto Barclay Fox, véanse las *Notas cotidianas de Carolina Fox*, II, pági-